

EDITORIAL

HABLEMOS DEL CAMPO

Alguna vez hemos recibido la invitación de nuestros lectores a hablar más de las cosas del campo. El momento es propicio para hacerlo, mientras maduran nuestras cosechas y ofrece oportunidad la pasada Asamblea Nacional de Hermandades, de la que se publica una extensa noticia e interesante glosa en la sección correspondiente de este número.

Por los mismos días del Congreso Eucarístico de Granada nos llegaban además, con los ecos fervorosos de millares de fieles de toda España, informaciones selectas y seguras de bien diversa índole relativas también a Andalucía. No nos traían cosa nueva, pero en esto mismo estriba su gravedad; eran los eternos lamentos del estado de miseria religiosa, moral, cultural y económica de tantos y tantos hermanos nuestros, hijos de Dios, dispersos por aquellos campos y cortijadas, como auténticas ovejas sin pastor, no tanto por descarrío del rebaño cuanto por abandono de los que podríamos y deberíamos acudir mejor a su remedio desde nuestros respectivos puestos de responsabilidad y apostolado.

Se dijo en la Asamblea de Hermandades que no se ha verificado todavía en el campo español la revolución postulada por los programas. Nos gusta poco usar, menos abusar, de la palabra revolución; y rendimos con esto acatamiento a la oportunísima admonición de nuestro Cardenal Primado sobre el peligroso empleo de la palabra, ahora en uso creciente. Pero es que además va resultando en nuestra historia palabra desacreditada, como si tuviera el destino de sustituir con su sonoridad a la diligencia y perseverancia en el trabajo profundo, continuo

y creador, que es el que verdaderamente renueva y hace prosperar las cosas y los pueblos. Digámoslo en términos directos y sencillos. Sin desconocer las cosas buenas que se han hecho y van haciendo —muchas, si se quiere, en términos absolutos—, es lo cierto que no se camina en la solución de los problemas agrícolas y de la propiedad de la tierra al ritmo urgentísimo de las necesidades, que sería posible y debido seguir con un auténtico sentido social cristiano.

Perdura en buen número de los grandes señores de la tierra una mentalidad no ya paternalista, sino cuasi feudal; con la desventaja de no asumir en cambio, como los antiguos señores, la defensa y sostenimiento de sus trabajadores, que permanecen en su mayor parte como "eventuales" y sometidos a los terribles vaivenes de la falta de trabajo, cuando no son definitivamente eliminados por el tractor o la cosechadora.

La capitalización que hacen posible en los grandes propietarios las pingües rentas, en contraste con la remuneración del trabajo —supuesto que no sean excesivos los gastos suntuarios—, no suele cristalizar en inversiones industriales o en mejoras intensamente productivas que absorban nueva mano de obra y eleven el nivel de vida, sino en la adquisición de nuevas fincas y cortijos que aseguren la tranquila posesión de un gran capital y la cómoda percepción de una nueva renta, grande también por la cuantía de la base, siquiera sea muy pequeña por su productividad relativa. Se diría que fueron escritas para estos señores las palabras de Isaías (V, 8-12): "¡Ay de vosotros los que juntáis casa con casa y agrupáis heredad a heredad hasta que no quede ya más terreno! ¿Por ventura habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?"

De esta manera no sólo no se difunde convenientemente la propiedad de la tierra conforme a las consignas de los Papas, sino que aun algunas de las leyes sociales (como varias de las tasas de precios señaladas para asegurar la utilidad marginal de los pequeños propietarios) sirven en bandeja a los grandes terratenientes una sobrerrenta que constituye una verdadera "redistribución al revés" de la renta nacional, al igual que los prevalentes impuestos de consumos.

Son notorias las consecuencias culturales, morales y religiosas, a que hemos ya aludido, de esta inveterada estructura económico-social de una buena parte del agro español, singularmente del Mediodía. Un propietario nada viejo confesaba que sigue viendo en las listas de sus asalariados más huellas dactilares en sustitución de la firma que cuando era joven. La escuela, cuando la hay, sigue sin contar nada en la vida de millares, tal vez de un millón, de trabajadores dispersos por los campos andaluces. Hay cortijeros que se espantan todavía al ver una sotana; y son legión los que ignoran las verdades cristianas más elementales, según el testimonio de abnegados sacerdotes y misioneros... Nada digamos de las corrientes de inmigración interior que harán insoluble el problema de los suburbios de las grandes ciudades, mientras no se plantee en correlación con los otros problemas emigratorios de las zonas rurales...

¿Remedios? No es posible en un breve Editorial enumerarlos ni menos razonarlos. Muy acertados se encuentran en las conclusiones de la reciente Asamblea de Hermandades como en tantas otras asambleas, "Semanas Sociales" y estudios que precedieron. Es muy meritoria sin duda, en general, la obra del Instituto Nacional de Colonización. Está ahora en marcha un grandioso plan de "escuelas", felizmente promovido por el Ministerio de Educación, que quisiéramos ver pronto realizado y sobre todo vivificado por "maestros", que sean el alma de esas escuelas, de otra suerte baldías. Hay ejemplos, como el Patronato de Málaga, el de las Escuelas Profesionales de Ubeda y otros varios, de felices iniciativas episcopales y religiosas... Pero es preciso urgir la ejecución de obras; hay que trabajar más; hay que acelerar todavía el paso; hay que extender el campo de acción; se requiere la colaboración conjunta de todo el cuerpo social..., y, por supuesto, el Estado y la Iglesia han de mirar con especial y creciente predilección la tutela de los derechos más desconocidos de los beneméritos trabajadores de la tierra. Ningún remedio más eficaz para hacer inocua y enteramente metafórica la peligrosa palabra denunciada por el Prímado de España.

